

cuyos agujeros se habian dejado intactos, cubriéndolos únicamente con carmin, é imitando con toda la exactitud posible la sangre cuajada.

Además, veíase pintado en el lado izquierdo el corazón ensangrentado, que era una de las señales convenidas entre todos los iniciados. Examinó Morgan con atención ambas señales, cuya significación pareció de pronto no comprender.

— Si no tuviese prisa, le dijo, quisiera salir de dudas sin fiarme más que de mis propios ojos; pero, según acabais de oír, habrá recibido sin duda el comité algunas noticias; podeis decir á Cadoudal que cuente con los recursos que le remitiremos, sin embargo de que antes es necesario procurárnoslos. Generalmente esta clase de expediciones se dejan á mi cuidado, y si tardase en presentarme, iría otro á ocupar mi puesto. Decidme pues qué género es el de que se halla construido vuestro traje.—Querido Morgan, contestó el de la Vendee, habreis sin duda oído contar que mi hermano fué preso en Bressuive y fusilado por los revolucionarios.—Efectivamente, así lo he oído contar.—Pues bien, como los revolucionarios iban en retirada, abandonaron el cadáver en el fondo de un valle: íbamos nosotros á su alcance, á tan poca distancia, que al llegar al cadáver de mi pobre hermano, estaba aun caliente. En una de sus heridas tenia introducida una rama, con este letrero: « Fusilado como rebelde, por mí, Claudio Flageolet, cabo del tercer batallón de París. » Recogí el cadáver de mi hermano; hícele separar cuidado-

samente la piel de su pecho, aquella piel que debía siempre, atravesada como estaba por tres balazos, recordarme constantemente la venganza, y me hice de ella un chaleco.—Ah! ah! dijo Morgan con cierta sorpresa, que por la vez primera parecia participar algo de horror; ah! este chaleco ha sido pues construido con la piel de vuestro hermano! y el pantalón?—Oh! contestó el de la Vendee, el pantalón ya es otra cosa; ha sido hecho con el pellejo del ciudadano Claudio Flageolet, cabo del tercer batallón de París.

En aquel instante dejóse oír la misma voz, llamando por segunda vez y siguiendo el mismo orden en los nombres, á Morgan, Guyon, Amiet y Lepretre.

III.

Guyon, Amiet y Lepretre.

Atravesó Morgan la sala de baile en toda su extensión, dirigiéndose á un saloncito situado al otro lado del gabinete que servia de tocador. En él le estaban ya aguardando sus tres compañeros, Lepretre, Amiet y Guyon.

Estaba tambien con ellos un jóven con uniforme de correo de gabinete á las órdenes del gobierno, esto es, verde galoneado de oro. Llevaba botas de montar cubiertas de polvo, una gorra con visera, y la maleta que constituye el distin-

tivo esencial de un correo de gabinete. Veíase extendido sobre la mesa un mapa de Gassini, en el cual era fácil apreciar hasta las mas imperceptibles sinuosidades del terreno.

Antes de detenernos á explicar lo que hacia allí el correo de gabinete, y con qué objeto se hallaba extendido el mapa, echemos una ojeada sobre los tres nuevos personajes, cuyos nombres acababan de pronunciarse en la sala de baile, ya que están destinados á desempeñar un papel muy importante durante el curso de esta historia.

El lector conoce ya á Morgan, el Aquiles y el Páris á la vez de aquella extraña asociacion; Morgan, con sus ojos azules, sus cabellos negros, su alta y majestuosa estatura, su gracioso y esbelto talle, su ojo en que brillaba constantemente una mirada expresiva y animada; su boca, que nadie habia visto jamás sin una graciosa sonrisa, encargada de descubrir entre los sonrosados labios unos dientes blanquísimos; su fisonomía imposible de olvidar despues de vista una sola vez, compuesta de elementos al parecer discordes, y cuyo conjunto revelaba no obstante la resolucion y la ternura, la suavidad y la energía; unidas todas estas circunstancias á una excesiva expresion de alegría, que llegaba á ser espantosa alguna vez, al recordar que aquel hombre se exponia á cada momento á la muerte, á la mas horrorosa de todas las muertes, la del cadalso.

Por lo que hace á Lepretre, era hombre de unos cuarenta y ocho años, de cabello gris, con cejas y bigote de un

negro de ébano; tenian sus ojos la admirable mezcla que se observa en los indios, aproximándose al color castaño. Antiguo capitán de dragones, presentaba su exterior todas las señales de una prolongada lucha física y moral, expresando su musculatura la fuerza, y la reflexion su fisonomía. Por lo demás, dejaba conocer sus finas maneras presentándose elegantemente ataviado como un mozalvete, aspirando, por costumbre ó por coquetería, un pomito de sales, ó un frasquito de los mas delicados perfumes.

Guyon y Amiet, cuyos verdaderos nombres nos son tan desconocidos como los de Lepretre y Morgan, eran generalmente conocidos en la compañía con la denominacion de *los inseparables*. Figuraos á Damon y Pythies, Euryales y Niso, Orestes y Pílates, á los veinte y dos años: alegre el uno, festivo, atolondrado; triste el otro, silencioso, melancólico, partiéndolo todo entre ambos, dinero, peligros, placeres; completándose uno con otro, hasta reunir juntos los límites de los mas opuestos extremos, olvidándose cada uno de sí mismo en el peligro, para atender á la conservacion del otro, y tendreis una idea de Guyon y Amiet. No es necesario añadir que los tres eran compañeros de Jehú. Habian sido convocados, como supuso Morgan, para tratar de los asuntos de la compañía. Al entrar Morgan, dirigióse directamente al que vestia el uniforme de correo de gabinete, y le estrechó la mano.

— Ah! querido, dijo este con un movimiento de ma-

lestar, dirigido á dar á entender con su propio ejemplo que ni aun el mejor jinete deja de atropellarse recorriendo cincuenta leguas montado en un caballo de posta, sois felices los parisienses, y comparado con vosotros Anibal, estuvo en Cápua sobre un lecho de espinas; he echado una ojeada á la sala de baile, al pasar como debe hacerlo un pobre correo de gabinete que lleva pliegos del general Massena para el ciudadano primer cónsul, y he visto una reunion de víctimas perfectamente combinada; pero lo que es por hoy tendreis que despediros de todos estos atractivos; es desagradable, lo comprendo, es una desgracia, hay para desesperarse; pero antes que todo, la casa de Jehú.—Querido Hastier, dijo Morgan.—Hola! contestó Hastier, suprimid, si os place, los nombres propios, caballeros. La familia Hastier es una honrada familia de Lyon, que va trasmitiendo el negocio, como suele decirse, de padre á hijo, y se consideraria seguramente muy humillada si supiese que su heredero ha sentado plaza de correo de gabinete, y que va corriendo por estas carreteras con la maleta nacional á la espalda. Lecoq, tanto como querais; pero Hastier, de ningun modo: no sé quién sea ese Hastier. Lo sabe alguno de vosotros? prosiguió el jóven dirigiéndose á Guyon, Amiet y Lepretre.—No, contestaron los tres jóvenes; el darte este nombre habrá sido seguramente una equivocacion de Morgan.—Querido Lecoq, dijo Morgan.—Perfectamente! interrumpió Hastier, este es mi nombre. Veamos, qué ibas á decirme?—Iba á decirte

que si no fueses el antípoda del dios Harpócrates, que tus paisanos representan con el dedo sobre la boca, en vez de divagar á propósito de niñerías, nos habrias ya explicado el objeto de este disfraz y de este mapa.—Pardiez! si no lo sabes aun, contestó el jóven, tuya es la culpa, no mia. Si no hubiese sido preciso llamarte dos veces, por hallarte sin duda retenido por alguna hermosa Euménide, pidiendo á un gallardo jóven, lleno de vida, venganza por sus ancianos padres sacrificados por el Terror; te habrias apresurado á llegar con estos caballeros, y no tendria yo necesidad de repetir. Pero, reproches á un lado: trátase sencillamente de una suma, que, por órden del general Massena, envia el general Lecourbe al ciudadano primer cónsul: una bicoca, cien mil francos, que no atreviéndose á remitir por el Jura, por temor á los partidarios de Mr. de Teyssonnet, que serian, á lo que se dice, capaces de apoderarse de ella, la envian por Génova, Bourg, Macon, Dijon y Troyes; camino del todo seguro, segun podrán conocerlo muy pronto.—Muy bien!—Nos ha sido comunicada la noticia por el *Zorro*, que ha partido de Gex, para trasladarla á la *Golondrina*, estacionada en este momento en Chalons-sur-Saona, el cual, ó la cual, me la ha trasmitido en Auxerre, obligándome á andar cincuenta leguas para comunicárosla. A mi entender, el plan de ataque ha de ser el siguiente. El dinero salió de Berna el 28 de *nivoso* del año octavo de la república triple y divisible. Hoy llegará á Génova; saldrá mañana con la diligencia

de Génova á Bourg; de manera que, saliendo esta misma noche, podeis pasado mañana, queridos hijos de Israel, encontrarlo entre Dijon y Troyes, hácia Bar-sur-Seine. Qué os parece?—No puede haber la menor dificultad, contestó Morgan: nos guardaríamos muy bien de tocar el dinero de Berna, con tal de que no hubiese salido del poder de sus dueños; pero desde el momento que ha cambiado ya una vez de destino, no veo inconveniente en que cambie otra; pero cómo arreglamos nuestra marcha?—No teneis la silla de posta?—Sí, en el patio está.—No encontrareis dos caballos para llevarla hasta la primera parada?—En la cuadra están.—No tiene cada uno su pasaporte?—Cada uno tiene cuatro.—Pues bien!—Sin embargo, no podemos detener la diligencia en una silla de posta; poco arriesgaríamos, pero no acostumbramos hacerlo de este modo.—Y por qué no? dijo Guyon, seria una cosa original. De la misma manera que se apresura un buque dándole el abordaje desde otro buque, no sé por qué no podríamos tomar una diligencia al abordaje desde una silla de posta; esto acabaria de darnos celebridad: probémoslo, Amiet.—Mucho me gustaria, contestó este; pero qué diablo vamos á hacer del postillon?—Es verdad, repuso Guyon.—Todo está previsto, amigos míos, añadió el correo; dejareis vuestra silla de posta en casa de Delbause, donde encontrareis cuatro caballos dispuestos á partir; calculareis el tiempo, y pasado mañana, ó mejor, mañana, porque es mas de media noche, entre

siete y ocho de la mañana, el dinero de Berna volverá á cambiar de dueño.—Vamos á mudarnos los vestidos? preguntó Lepretre.—Por qué? contestó Morgan, me parece que, tal como nos encontramos, podemos presentarnos ante personas decentes: jamás diligencia alguna se habrá visto aligerada de un peso incómodo por hombres mejor vestidos. Echemos la última ojeada al mapa, metamos en los cajones del coche algunas provisiones, armémonos en el arsenal, proveámonos de buenas capas, y al avío.—Es lo mejor, dijo Guyon.—Aunque sea menester reventar los caballos, estaremos de regreso á las siete de la tarde, y nos dejaremos ver en la ópera.—Lo cual, repuso Lepretre, podrá servirnos en caso necesario para probar la coartada.—Cabal, añadió Morgan con su imperturbable buen humor; seria en tal caso increíble que los mismos que aplaudian á la Clotilde y á monsieur Vestris á las ocho de la noche, estuviesen por la mañana entre Bar y Chatillon, arreglando cuentas con el conductor de una diligencia. Veamos, examinemos por última vez el mapa, para elegir bien el sitio.

Inclináronse los cuatro jóvenes sobre la obra de Cassini.

—Si quereis seguir un buen consejo topográfico, dijo el correo de gabinete, emboscaos un poco mas acá de Mussu; en un barranco que hay frente Rizeys, ved, aquí, prosiguió el joven señalando en el mapa el punto preciso; desde Chaurce teneis una carretera departamental, tirada á cordel, que os conduce á Troyes; en Troyes volveis á tomar vuestro coche,

siguiendo el camino de Sens, en lugar del de Coulommiers; de este modo los papamoscas, pues los hay también en provincia, que os habrán visto pasar la víspera, no tendrán necesidad de volveros á ver al día siguiente; os hallais en la ópera á las diez, en lugar de á las ocho, lo cual es de mejor tono, y nadie podrá abrigar la menor sospecha.—En cuanto á mí, aprobado, dijo Morgan.—Aprobado, repitieron los otros tres jóvenes.

Sacó Morgan un reloj, cuya cadena relucía en su cintura; era una obra maestra de Petitot, brillando sobre la doble caja que la encerraba una cifra de diamantes. Echábase de ver el origen de aquella maravillosa alhaja, como se descubre al primer golpe de vista la pura raza del caballo árabe: habia sido trabajada por encargo de María Antonieta, para entregarla á la duquesa de Polastron, la cual la habia regalado á la madre de Morgan.

La una, dijo Morgan; vamos, amigos, á las tres tenemos que estar en Lagny.

Desde este momento empezó la expedición á las órdenes de Morgan, quien, sin consultar á sus compañeros, se limitaba á mandar. Lepretre, antiguo capitán de dragones, que en ausencia de Morgan hacia las veces de jefe, cuando este estaba presente, era el primero en obedecer. Media hora despues hallábase detenido en la barrera de Fontainebleau por el vigilante que pedía los pasaportes, un coche, en que iban cuatro jóvenes embozados en sus capas.

—Oh! vaya una ocurrencia, dijo uno de ellos sacando la cabeza por la portezuela, y afectando el acento gangoso que se habia hecho de moda. Desde cuándo se necesita pasaporte para llegar hasta Grosbois, á ver el ciudadano Baas? sois demasiado exigente, amigo mio! adelante, cochero!

Resonó el chasquido del látigo, pasando el coche sin mas dificultad.

IV.

En familia.

Dejemos á nuestros cuatro expedicionarios llegar á Lagny, donde con el auxilio de los pasaportes que debían á la complacencia de los dependientes del ciudadano Fouché, cambiaron sus caballos por otros de posta y su cochero por un postillon, y veamos por qué habia hecho el primer cónsul llamar á Roland.

Al separarse de Morgan, apresuróse Roland á presentarse á su general. Encontróle de pié y pensativo, delante de la chimenea. Al ruido que hizo Roland al entrar, levantó la cabeza el general Bonaparte.

—Qué diantre estabais hablando? preguntó Bonaparte sin preámbulos, fiado en la costumbre que tenía Roland de contestar á su pensamiento.—Despues de hacernos mil cumpli-